

# El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 750 Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar n.º 5.

N.º 4

Sevilla—Miércoles 7 de Enero de 1903

AÑO XXVII

## El contingente militar

El Gobierno conservador, para el que tantas benevolencias tiene la gran prensa, ha cometido una flagrante infracción constitucional, de que la minoría republicana del Parlamento se proponía elevar la oportuna protesta, de la que parece ha desistido por el momento en atención al conflicto marroquí, que ya no representa las negruras de estos últimos días, y del que á la postre quedará como nota saliente el triste papel que hemos hecho en Tánger con nuestro famoso acorazado *Infanta Isabel*, que también reservan cuidadosamente los que esperan actas de diputados.

No sabemos si la minoría republicana insistirá en su protesta, ni nos son conocidos los términos en que se halla extendida; pero aunque sean muy enérgicos, algo más que una protesta, que con un visto, ó sin él, pasará al archivo de ambos cuerpos colegisladores, debían hacer nuestros senadores y diputados.

Ahora estudiemos la cuestión. Dice la Constitución que la potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el rey (artículo 18), y por el artículo 88 de nuestro Código fundamental se declara textualmente:

“Las Cortes fijarán todos los años, á propuesta del rey, la fuerza militar permanente de mar y tierra.”

El Gobierno anterior presentó el proyecto, que no ha pasado á la categoría de ley, y, por tanto, en el año actual de 1903 no puede haber fuerza permanente, porque no hay ley que la señale ni que la haya fijado previamente, como terminantemente se dispone por el precepto constitucional que hemos copiado.

El Gobierno, pues, no puede llamar á las armas á marinos ni á soldados de tierra, porque falta una disposición legislativa que lo autorice, ni nadie se halla obligado á cumplir órdenes del poder ejecutivo, de la exclusiva facultad del cuerpo legislativo; y si el Gobierno tiene el atrevimiento de fijar por su cuenta el contingente armado, el Gobierno incurre en tremenda responsabilidad, mucho más que hallándose las Cortes reunidas, y precisamente discutiéndose el efectivo militar, cerró las puertas del Parlamento declarando que no le importaba que no se hubiera votado dicha ley, porque llamaría á las armas á los hombres necesarios, cuando le pareciese oportuno, por medio de un real decreto, obteniendo después un *bill* de indemnidad.

Sólo hombres dotados de la falta de aprensión de nuestros políticos son capaces de tamaño desafuero. Sólo gobernantes doctrinarios, acostumbrados á burlarse del país y á menospreciar los derechos de los ciudadanos, pueden atreverse á tanto.

El precepto constitucional es imperativo, y sobre él no cabe discusión. “Las Cortes fijarán—dice—la fuerza militar.” luego ni puede hacerlo el Gobierno, ni el *bill* redime la culpa, ni lava la mancha, ni deja á cubierto la Ley, ni absuelve al Gobierno, ni siquiera sirve para obligar á los ciudadanos.

El *bill* no es más que un subterfugio de que se han valido y se valen los gobiernos para cometer toda clase de abusos, de que los redimen sus carinosos amigos del Parlamento. ¡A que no protestan los liberales de esta violación del Código fundamental, no obstante haber sido arrojados del poder del modo que fueron! Porque están á la recíproca.

Pero ya que los liberales no lo hacen y la gran prensa no se atreve á rebelarse contra el Gobierno, ¿por qué en las ciudades no se constituyen juntas de defensa que, al amparo de la Constitución, opongan sus decisiones contra la medida arbitraria y antilegal del Gobierno?

La protesta de la minoría republicana podría servir muy bien para que á ella se adhiriesen todos los amantes de la justicia y del respeto á las leyes.

A. A.

## Murmuraciones

He hecho lo posible por entristecerme con la muerte del Sr. Sagasta.

Confieso de una manera sincera que, no sólo no me he entristecido, sino que tengo buenas ganas de comer.

No señor... ¡no me alegro!

Lo mismo que digo lo primero, digo lo segundo.

Sagasta tuvo dos personalidades: la de su juventud entusiasta y liberal, y la de su vejez, socarrona y funesta, funestísima para la patria.

La primera, ante lo Historia, ha de ser siempre alabada como se merece.

La segunda, le acarreará todos los desprecios.

Cuando joven luchó denodadamente por la libertad, en defensa de los oprimidos, entre quienes se hallaba y con quienes vivía; y cuando viejo, se entretuvo en deshacer toda la labor benéfica que hiciera cuando joven.

Para la patria, sus servicios, últimamente, han sido negativos. Toda su labor estuvo dedicada á consolidar el trono de Alfonso trece, supeditándole todo á los intereses de una familia.

Los españoles que aman á su patria no le deben agradecimiento.

Ultimamente, no ahora, sino durante la restauración, su casa estaba convertida en ferial, en la que los chalanes políticos se repartían la túnica de España.

Los mayores escándalos, y las inmoralidades más inconcebibles, se dieron durante las diferentes épocas de su mando.

Todo esto se quiere, ó se pretende ahora, coonestar con que... ha muerto pobre.

Librenos el cielo de decir todo lo contrario; pero si él no se enriqueció, á su sombra, y con su complicidad, otros se enriquecieron.

El mejor epitafio que se puede hacer de este hombre público que acaba de morir, es lo siguiente, que copio de un periódico madrileño:

“Ha muerto Sagasta. Su muerte ha sido una grande emoción para el público, por el problema que plantea en la política monárquica.

¿Cómo juzgar á este hombre sin ofensa de la piedad debida al muerto y de la verdad debida á los vivos?

La de callar es la actitud propia del hombre á quien sorprende la noticia en su hogar; pero esa comodidad no es concedida, ni un momento, á este áspero oficio del periodismo, que obliga á hablar todos los días, no dejando nada por decir para el día siguiente.

Corre la pluma premiosa y sacudida por encontradas corrientes de odio y de caridad, de humanidad y de justicia, y, de ser posible, aplazaremos el juicio á otro momento de mayor calma y serenidad.

Escupir al cadáver de un enemigo, como en tiempos bárbaros se acostumbraba, nos parece tan extremado, como el condolerse de su muerte y rezar por su alma; hábito de otros tiempos de misticismo hipócrita ó afeinado.

En nuestros tiempos debemos sustituir al culto de la muerte el culto de la vida, y á la misericordia, la justicia.”

Ultimamente, y ya á las puertas del sepulcro, se sabe que el cardenal Sancho fué á verlo, con la intención de que el antiguo revolucionario se reconciliara con la Iglesia.

Sagasta le contestó, con la indiferencia que en él era tan peculiar, que lo dejara para otro día.

Después de todo eso, se ha hecho la comedia católica, y últimamente han vestido el cadáver con un hábito, y le han colgado un rosario y un Crucifijo.

¡Pobre D. Práxedes!

Hasta en la última hora le han hecho aparecer como personaje de sainete los mismos que en vida explotaron su nombre y su posición.

¡Paz y olvido á esa figura política que acaba de desaparecer, dejando en tenguerengue el trono de D. Alfonso trece, que durará el tiempo que Dios quiera...!

Y Dios me parece que tiene ya pocas ganas de ampararlo.

Con la muerte de Sagasta—¡oh Destino, y qué cruel te has mostrado ahora!—ha coincidido la unión de los liberales fusionistas de Sevilla.

Sagasta agonizaba en Madrid, y Borbolla y Héctor se abrazaban en nuestra ciudad para sellar con un ósculo de amor la fraternal unión de los que antes no se podían ver, y ahora... tampoco.

Desde luego, puede asegurarse que, si el partido liberal, después de la muerte del jefe, ha de existir, su representación en Sevilla estará personificada en D. Pedro Rodríguez de la Borbolla.

El marqués de Paradás no tocará otro pito que el que le dejen tocar por su distrito de Estepa; y los demás personajes del fusionismo sevillano, anulados por sí propios, lo quedarán ahora bastante más.

Queda, pues, por consiguiente, dueño del campo liberal sevillano, el señor Borbolla, cuya personalidad, llamada siempre á obscurarse en las luchas locales por su predominio desenfadado, toma relieve y consigue altura, sumándose en sus huestes á todo el elemento sano que tenía el partido liberal.

La muerte de Sagasta viene á amargar el triunfo del Sr. Borbolla, porque, en realidad, el partido liberal está deshecho.

¿Quién será el jefe? ¿Moret? ¿Montero Ríos?

El primero es antipopular, y goza de un descrédito mayor que ningún otro hombre público.

Montero Ríos es un anciano, á quien Sagasta no dejará de llamar pronto desde la tumba.

Queda Romanones, á quien le acucian sus ambiciones, pero quien carece de talento y serenidad para una jefatura, si quiera ésta haya de ir á poder de Moret ó de Montero Ríos.

Bien puede decirse, por lo tanto, que el partido liberal se disgregará, y que en Palacio harán todo lo posible por disuadir á Canalejas de sus radicalismos anticlericales, con el fin de contar con este hombre público para una eventualidad, logrando que los demócratas se unan á él.

Y en este caso, ¿adónde irá D. Pedro Rodríguez de la Borbolla?

¿A la inacción con las estantiguas políticas que le coloquen como jefe en Madrid?

Nó. Puede asegurarse que este hombre público que ha logrado relieve en Sevilla está condenado á la lucha eterna, sin lograr una posición estable. La suerte es una loca para él, porque si no le olvida y le otorga sus favores, cuando cree llegar al pináculo, le derrumba el castillo de sus ilusiones con gran estrépito.

Una declaración ha hecho Montero Ríos que viene á afirmar su situación.

Ha dicho el señor Montero que el partido liberal debe formarse con los elementos que figuran en la izquierda de los conservadores y con los demócratas que lindan con la República.

Si esto pudiera ser exacto, y el gran canónigo lograra sus deseos, el partido liberal de Sevilla, con su jefe el Sr. Borbolla, tenía ya bien definida su situación.

El hijo pródigo se acercaría al sitio de donde salió para consumir sus energías, su genio y su capital, sin lograr otra cosa que ser diputado; precisamente lo que hubiera sido siempre por Sevilla, con más honor para él y con más prestigios para todos aquellos amigos fieles que le siguen diciendo:—¡Viva el rey!—pero riéndose á carcajadas.

Porque ni lo han sentido, ni lo sienten.

En Francia se han declarado los guanteros en gran huelga, y han ocurrido desórdenes con muy graves consecuencias.

¿Y tanta importancia tienen allá en la nación francesa los guantes de cabritilla?... ¡Vive Dios, quién lo dijera!

Con razón dicen los críticos que la República era la República de guantes, fina, diplomática...

¡Si los Humbert solamente necesitan mil docenas!...

Ha visto la luz pública el nuevo periódico sevillano titulado *Genio Nueva*.

Por su fondo, lo mismo que por su factura, merece que el público le distinga con su favor.

Sería una lástima que un periódico tan

bien hecho, y en el que unos jóvenes entusiastas han puesto todos sus alicentos, que son muchos y nobles, no logrará vivir.

Así es como se contrarrestan las campañas jesuíticas que solapadamente vienen haciendo en nuestra ciudad, dándole el triste nombre de ciudad levítica, cuando es todo lo contrario.

Mi más entusiasta enhorabuena á esos jóvenes que tan bien saben honrarse á sí propios, honrándonos á todos á la vez.

Ya no se dirá que la juventud sevillana, la que piensa y siente, está á diario oyendo los estúpidos sermones del padre Tarín, pongo por jesuita, y buscando novias por las iglesias, y buscando novias por las iglesias.

Sino que sabrán que en Sevilla también hay una juventud intelectual que, á pesar de los Cassos y demás neos de meollo universitario vacío, siente hondo y piensa alto.

Cuando los distinguidos republicanos Junoy, Lerroux, Soriano, Blasco Ibañez y Salmerón, entraron en Castellón de la Plana, echaron á vuelo las campanas de la Catedral.

La noticia—que es ciertísima—ha sido comentada con regocijo, si quiera por suponer que los canónigos tendrían dolor de tripas.

Como no ha faltado quien la ponga en duda, copio á continuación:

“La sorpresa desaparecerá cuando se sepa que el campanario está situado fuera del templo, y es propiedad del Ayuntamiento, cuya mayoría es republicana.”

Lo que hay es que en la liberal Castellón, la primera capital de España que arrancó las placas del Corazón de Jesús, se han secularizado hasta las campanas.

Y propósito de Castellón y del mitin importantísimo que se ha celebrado allí.

Lease lo siguiente:

“El Sr. Soriano hace un ingenioso discurso mezclando alegres ironías con sucesos tristes, haciendo un viaje alrededor de los más importantes sucesos políticos.

Dirige un ruego á D. Nicolás, invitándole á que se tire á matar, pero sin dar jamás un paso atrás.—Si quiere banderilleros, ahí tiene á Blasco, á Junoy y á Lerroux; si necesita un puntillero, piense en mí.”

Levanta el ánimo el ver cómo todos los hombres de la República echan á un lado toda clase de diferencias y se colocan apiñados, elevando sobre todos á don Nicolás Salmerón.

¡Ah, valientes! ¿Cómo resuenan en nuestro corazón esos acentos nobles de sinceridad y de nobleza!

Todo por la patria y por la República! Y si hay alguien que nos eche en cara, como á Baudin, los veinticinco francos de dieta, respondámosle como aquél, empuñando el fusil y diciéndole:

—¡Ahora verás cómo se muere por veinticinco francos!

A Cotarelo, el académico policía de Madrid, lo están poniendo verde entre unos y otros.

Vicente Colorado, que es un poeta de verdad, le ha dedicado el siguiente soneto:

“Antes de ir á robar una galera un célebre ladrón de Andalucía, dos velas á la Virgen encendía para que en trance tal le protegiera. Sobre su cama ostenta la ramera un crucifijo, y rézale á potfia, pidiéndole un amante cada día que ante la misma cruz gozar espera.”

No de otro modo Cotarelo escribe letra á letra un anónimo y delata á seres desdichados con quien vive; y tal acción, que ha de cobrar en plata, como una ley moral al mundo exhibe y hasta piensa que á Dios le ha de ser grata.”

Y en tanto, Cotarelo da y recibe... aquello que se llama la gran lata, por malo, por soplón y por caribe.

Un telegrama de *El Liberal* dice que el Papa se ha afectado mucho al saber la muerte de Sagasta.

Lo creo. Como que habrá dicho:—Detrás de este voy yo.

Porque, por lo demás, me figuro que al Papa le importará un rabano que se muera ó no se muera Sagasta.

Lo que le importaría es que se murieran los estúpidos que le remiten dinero y dinero.

Por lo demás... ¡que le echen Sagasta al Padre Santo!

CARRASQUILLA.

## Aplazamientos

Después de pasado el primer mes de gobierno, ha caído Silvela en la cuenta de que no puede disolver las Cortes hasta muy entrado el mes de Febrero, para cumplir el precepto constitucional.

¿Es que Silvela y sus compañeros ignoraban lo que la Constitución dispone, respecto al periodo de tiempo que ha de mediar desde la disolución de unas Cortes y la reunión de otras nuevas? No. Pero necesitaba seducir al país explotando la fácil información, y lo primero que manifestó fué que iba a reunir inmediatamente el parlamento para ganar tiempo y dar lugar a que la credulidad de los españoles confiase en su palabra y no comprendiese la doblez que envolvía, ocultando así el juego y fingiendo respetos a la majestad de la nación que no siente. También afirmó que legislaría por decretos, y solo Maura ha parafraseado desdichadamente algunos preceptos de las leyes provincial y municipal, respecto de preferencia de pagos, que ya han producido perturbaciones y amenazas de resistencia en Valladolid, que han hecho retroceder al ministro inflexible, forzando la interpretación del decreto para dar de comer a los obreros, y sobre todo evitar un conflicto a sus amigos del cacicato castellano.

La máquina electoral, pese a las palabras del ministro de la Gobernación y a las promesas solemnes del Sr. Maura, ha comenzado a funcionar, y en algunas provincias se sienten ya las consecuencias de la política hipócrita y engañosa del ministro, hasta el punto que su colega de Gracia y Justicia ha tenido que ordenar a algún fiscal que estudie ciertos sumarios que se siguen contra algunos ayuntamientos y solicite y deduzca los recursos oportunos contra algunos autos de procesamiento dictados por los jueces de instrucción, observándose la particularidad de que esto sucede precisamente en las provincias donde mayor influencia tenía Gamazo, cuyos elementos, como es sabido, dirige hoy el Sr. Maura.

Las elecciones se celebrarán en Abril; se abrirán las Cortes muy entrado el mes de Mayo, coincidiendo tal vez la excursión del monarca a Portugal.

Habrà mensaje regio, en el que se ofrecerá lo divino y lo humano, y entre la discusión de actos, que será laboriosa, el torneo político, que será fecundo, para lucir los oradores sus galas, pero estéril para el país, si no francamente contrario a sus intereses, y la hinchazón de Villaverde con la lectura de su famoso presupuesto para el año cuatro, el Gobierno dará por terminada la faena parlamentaria sin ninguna medida legislativa y los legisladores se separarán contentos y satisfechos, de haber escuchado la palabra, siempre elocuente (!), de nuestros más famosos oradores.

Es decir, un año por delante para preparar en el que venga lo que han de hacer en el año que le siga, si es que entonces vive aún en el poder la conjunción carlo-neo-jesuitico-pidaló-conservadora, ó lo que es más problemático: España sigue siendo España.

Los liberales cayeron por no hacer nada, ni aun el arreglo de los asuntos de Roma; y éstos, que ya han aplazado indefinidamente esta cuestión y han faltado con descaro inaudito a sus promesas, conseguían sostenerse mucho tiempo; y el pueblo tolerará esta nueva farsa y esta burla demasiado sangrienta.

## Duro y á la cabeza

Dicen que antiguamente cobraban los canónigos de la Catedral de Sevilla una onza de oro cada hora de las veinticuatro que tarda la Tierra en dar una vuelta sobre ese eje imaginario que la atraviesa de polo á polo, arrancándose en Kreeewich, en San Fernando ó en Madrid;

un Madrid, para mí, que no soy ningún Dato, en eso de cambiar de meridiano. Para los canónigos no tendría gran importancia la peliaguda cuestión geográfica, y lo mismo les daría que las horas fueran veinticuatro ó que estuvieran partidas por gala en dos secciones de á doce; ellos, con tal de acostarse con sus veinticuatro onzas y levantarse con cuarenta y ocho, les importaba un rábano que el sol saliera por Antequera, con ó sin anuencia de D. Francisco Romero Robledo.

Pero saltó y vino el Excmo. é Ilmo. señor don Juan y Medio, y por un error, que no le perdonarán jamás, ni los canónigos de Sevilla, ni los del resto de España, dió en la manía de ver en las blancas y sonrosadas manos capitulares, manos de muertos: ¡muertos los canónigos, que han sido siempre la gente más viva del mundo!

Lo cierto es que D. Juan Alvarez Mendizábal, como otro Ezequiel, no veía en las catedrales otra cosa que campos cubiertos de restos humanos, y en vez de profetizar para que la carne se juntase con los huesos, se dijo con el profeta: «Dejad que los muertos entierren á sus muertos», y en la hucha nacional engrosó la herencia, á la cual llamó desamortización: naturalmente, como cosa de los muertos.

Y no han sido todo bendiciones lo que cosechó el hombre de la capa parda, por haber vuelto á la vida civil las veinticuatro onzas diarias que disfrutaban tranquilamente los canónigos de Sevilla, los diezmos, primicias, abadías, infurciones luctuosas, cursos y rentas de toda clase, que engordaban á frailes motilonos, abadesas mitradas, obispos de muchas libras, colectores y curiales, con manos más vivas que las de Caco.

Pero, dicho sea sin desdoro, don Juan Alvarez Mendizábal hizo las cosas á medias, ó no le dejaron rematar la suerte. Ya se sabe que hombre sin dinero, hombre sin vicio, y por lo tanto, que nuestra iglesia sería hoy un plantel de las más heroicas virtudes si no tuvieran los obispos ni los canónigos una miserable peseta; y no digo los curas, porque éstos no la tienen, por más que tampoco sean virtuosos.

Sin la millonada que Mendizábal hizo entregar á los prelados por cuenta de las mandas pías, de las fincas desamortizadas, no se habría levantado Carlos V, que sostuvo su ejército con las armas, ya propias, ya ajenas, con que le auxiliara el padre Cirilo; con los dineros que le enviaban los obispos y los frailes, que derritieron las lámparas de plata de los conventos, las custodias y hasta los calices, las patinas y las coronas de María Santísima, recursos que buena falta hacían á nuestras tropas de Cataluña, del Norte y del Maestrazgo, hambrientos, descalzos y desnudos, y aun á aquellos pobres alféreces que cobraban en promesas la vil onza mensual, sin que de la carestía se librara el propio vencedor de Dupont, el héroe de Bailén, que es fama de haberse presentado con pantalón de dril el día de año nuevo á la reina, porque la nómina del generalato se hallaba en plena cantuela.

No; sin los recursos pecuniarios que en mala hora dejó Mendizábal en poder del alto clero, esto hubiera sido y sería una balsa de aceite. Carlos VI no hubiera soñado con la Rápita, sin contar con el arzobispo de Tarragona, don José Domingo Costa y Borrás; con el arzobispo de Tortosa, don Benito Villamiyana y otros prelados, que estaban con aquéllos de acuerdo. Lo intempestivo del movimiento, hallándonos en plena guerra de Africa, cuya circunstancia se quería vilmente explotar, dió al traste con la intenciona, que los mismos caristas de sentido común hubieran rechazado con patriota indignación.

Sin el dinero de los acervos píos, sin las rentas de capellanías en administración, sin los fondos de la bula, sin los de reserva, sin los 43 millones que se dan al clero, que aun llama ladrón á Mendizábal, ni el desdichado rey don Juan, de la colección de Daudet, hubiera abdicado en D. Carlos, ni la tercera guerra civil se hubiera intentado. No lamentarían ahora los buenos cristianos haber oído las misas y haber recibido el pan de los ángeles de las ensangrentadas manos de los curas de Aicabón, Flix ó Santa Cruz, indignos ministros de un Dios todo misericordia y dulzura, que asesinaban sin piedad á los indefensos é inermes hijos de la Iglesia que, fieles al Evangelio, daban al César lo que era del César, y se subordinaban, como manda Dios y el Papa, á las autoridades constituidas. Quizás no lamentaríamos el asesinato del obispo Izquierdo por el padre Galeote, porque si su excelencia hubiera sido un pobre en vez de un potentado, sin duda hubiera sido más humano y más asequible al desgraciado capellán del Cristo de la Salud.

Tal vez el cura del Castillo de Locubia no

fuera vilmente agarrado en Granada por el asesinato de su señor padre, porque aquél, como otros muchos, fué á la iglesia por cobrar, por llamarse á la parte de lo que Mendizábal, el ladrón Juan y Medio, le regaló y, seguramente, sin tal incentivo, el parricida hubiera sido un buen padre de familia, y su hijo, más ó menos cariñoso, pero asesino de su padre nunca.

Sin el olor que despiden las cocinas episcopales y los refectorios de los conventos, no habría tanto hipócrita lacayo de mitras y de cogullas graves; ni sin el fausto, la ostentación y el lugar preferente que los pueblos envilecidos dispensan á los ricos, tendría el alto clero esa influencia decisiva y avasalladora que hoy tiene sobre las honras y los estómagos de los españoles; ni se atreverían á violentarse hasta con la más elevada representación del Estado, declarándose, en nombre del cielo, árbitros de los destinos de la patria, teniendo suspendida sobre la nación la espada de la guerra civil y encendida en las regiones la tea separatista, que avivan con el huracán del dogma y el simón de la tradición.

La obra de Mendizábal no está completa y por no estarlo, se hace ya imposible la vida nacional; secuestrada la conciencia, aherrrojada la libertad, encadenado el pensamiento, amordazada la prensa, llenos los espíritus de pavor, medrosa la pluma, cautelosa la palabra, en triunfo el convencionalismo más solapado. é hipócrita, perseguidos arteralmente los hombres libres en sus empresas honradas, en sus carreras civiles ó eclesiásticas, ázase por todas partes la sombra, del obispo, del jesuita, del traile ó del cura, con quienes se tropieza en tribunales de exámenes, en los consejos de instrucción pública, en las oposiciones, imponiendo su veto, restando méritos, inventado calumnias, influyendo, en fin para que los no sometidos ó se sometan, ó perezcan.

Y no hay que esperar nada, ni de este gobierno, ni de otro cualquiera de la restauración; la restauración nació clerical, y la sostiene el clericalismo, y la sostiene con los millones que se arrancan sin compasión al arruinado contribuyente. El día que un gobierno fuerte termine la obra de Mendizábal, suprimiendo el presupuesto eclesiástico, expulsando los frailes é incautándose de esos bienes nacionales, mal llamados de la Iglesia, todo habría concluido: guerras civiles, catalanismo, bizcarrismo y cuantas tendencias clericales se empeñan en hacer de España una colonia estipendiaria del papado. Mientras más se aleje aquel instante, más nos aproximamos al cumplimiento de la profecía de Chamberlain: «Los pequeños estados católicos están llamados á desaparecer.»

HURTADO.

## ¿Se puede?...

¿Me será permitido decir que cuanto se ha hablado y escrito y leído con motivo de la detención de los Humbert me parece ridículo, tonto y además profundamente triste? ¿No se indignarán los que hacen alarde de seguir las «corrientes modernas», como llaman á cualquier majadería? ¿Podré esta vez llamar un chat, un chat et Roulet un frippon?

Resultan ridículas tantas palabrerías y detalles tantos, porque no se trata de ningún acontecimiento de importancia general, sino de unos vulgares estafadores; es tonto lo que han hecho la mayoría de los periódicos, porque con ello ensanchan y alargan un camino que ya es harto trillado y que, de seguir así, habrá que recorrer por entero y se irá á parar á una nimiedad tan grande que no habrá persona de buen sentido que no salté esas relaciones asquerosas. Es profundamente triste cuanto se ha dicho, porque indica que no hay noción del justo medio, de la templanza en el inquirir y en el relatar.

Hasta aquí había sido la curiosidad insaciable é indiscreta defecto de mujeres. ¡Iremos á hacerles ahora la competencia? ¿Tan gastados están los resortes de los caracteres, que tengamos que deleitarlos como las mujeres y los niños? ¿No hay cuestiones de interés vitalísimo para que así perdamos el tiempo hablando de lo que no tiene ni una chispa de importancia? ¿Tan menguada idea tenemos de la justicia, que no nos extraña ya que los funcionarios públicos traten á los criminales de un modo distinto, según sea su categoría social y el dinero de que aún disponen?

Si los bribonzos (lo serán hasta que demuestren que los Crawford han existido) de los Humbert fueran unos pelagatos; si en vez de estafar unos millones hubieran hurtado unas pesetas para morir de hambre, hubieran ido en un coche celular. Ahora han viajado como personas

ricas; se les ha guardado toda clase de atenciones; han comido como *son saoul*, hasta tocárselo con el dedo.

Marta y Emilio Daurignac son unas víctimas; Federico Humbert, un infelizote, ugestionado por su mujer; Eva, la mujer más simpática de la creación, una paloma sin piel.

Y la misma Teresa Daurignac es algo alocada, no fué excesivamente escrupulosa; pero por lo demás... ¿de qué puede acusársela?

¿Qué culpa tiene la señora si la Naturaleza le dió unos gustos delicados, si le otorgó como á un ricachón cualquiera el instinto del lujo? Si no tenía dinero para satisfacer estos gustos y este instinto, ¿no es natural que se lo procurara por los medios que estaban á su alcance? ¿Se le pueden hacer cargos por haber explotado la tontería humana? ¿Hubiese podido estafar á diestro y siniestro si no fueran tontas de capirote sus víctimas? Es, en suma, una señora de todas prendas, que se merece consideraciones especiales. Ha elevado la estafa á la altura de una obra genial; ha abierto los ojos á muchas personas timoratas, y las potencias á muchas almas dormidas.

Bueno es el camino emprendido por la prensa y por las autoridades judiciales. ¡Animo! No se detengan. Un esfuerzo más, y se corona la obra. Cuando se erigen estatuas á poetas mentecatos, á insulsos escritores, á potentados sin mollera y *sans vergogne*, levántese un grupo escultórico á esa familia genial y pronuncie un ministro su panegírico. Que esto y mucho más merecen los majaderos que forman la «masa».

MARCO POLO

## MITIN REPUBLICANO EN CASTELLÓN

Se ha celebrado en Castellón el anunciado mitin republicano, al que han asistido, además del señor Salmerón, los señores Lerroux, Blasco Ibañez, Soriano, Junoy, Vallés y Ribot, Gasset, Coroninas y otras personalidades no menos distinguidas de los partidos republicanos.

Concurrieron al acto muchas comisiones y representaciones de toda España, siendo infinitas las adhesiones recibidas.

Desde mucho antes de empezar el mitin se hacía imposible pasear por las calles céntricas de la ciudad y cercanías del teatro donde había de realizarse el acto.

A las siete de la tarde abriéndose las puertas del teatro.

Momentáneamente se ve lleno por completo todo el local. En las calles afluentes, rebasando sus límites, rebosa el inmenso gentío que se apina á los alrededores del Principal, haciendo verdaderamente imposible el paso para conseguir entrar. La confusión es indescriptible.

A la llegada de los oradores, el público prorrumpe en una estruendosa salva de aplausos, y en aclamaciones frenéticas á Salmerón, Lerroux, Blasco, Soriano y demás ilustres propagandistas.

A la llegada de los oradores, prorrumpe el inmenso gentío que llena el teatro en una colosal ovación.

Las aclamaciones duran largo rato. Las señoras agitan los pañuelos.

El Sr. Gasset, organizador del mitin, es aclamado con entusiasmo al ocupar la presidencia.

Un secretario da lectura á las adhesiones recibidas, que ascienden á más de sesenta telegramas, siendo innumerables las que se hacen constar por cartas.

Leídas las adhesiones que de toda España se han recibido, en general entusiastas y expresivas, levántase á hablar el Sr. Gasset que es saludado con una ruidosa y prolongada salva de aplausos.

El orador republicano comienza su discurso recordando que hace ocho años se reunieron los republicanos en aquel mismo local y con idéntico entusiasmo escucharon al electo juriscónsul y político republicano Sr. Salmerón.

Desde entonces, dice, han ocurrido grandes cosas. Hemos perdido las colonias y el clericalismo invade todos los organismos del Estado, llevándose España entera de conventos.

Mientras tanto, han desaparecido todas las grandes figuras del republicanismo, quedando tan sólo, de aquellos importantísimos elementos, Salmerón.

Dedica un recuerdo al Sr. Gonzalez Marino, quien, dice, vive en nuestro espíritu y anima al partido republicano de Castellón, afirmando que las pérdidas republicanas no han servido para modificar la conducta del partido.

Siguiendo España, añade, la ruinosa política actual, peligrá la integridad nacional.

El anarquismo y el catalanismo son peligros acrecentados y surgido, respectivamente, merced á la política monárquica.